

Penumbas.

La mesa del consejo estaba preparada. Elena escuchaba sin mucho ánimo las palabras de los allí reunidos, como abejas zumbando.

Piratas, contrabandistas, y un sinfín de *pobrediable* se lanzaron en aquella estancia, mientras el sonido de la pluma, bailando sobre el papel, no cesaba. ¿Qué hago aquí? pensó la Reina conteniendo un bostezo.

—Es bien sabido, cuñadita, que las sesiones del consejo son aburridas —le había dicho Orles Terranell antes de tomar asiento.

Elena no le prestó oídos, aunque compartió las palabras ponzoñosas del hermano menor del Rey. Si no hubiese sido por la insistencia de su esposo, seguramente no estaría perdiendo el tiempo allí.

Los capitanes navales justificaban sus derrotas en las costas de las ciudades portuarias del sur. El alegato era simple: falta de presupuesto y escases de hombres curtidos en batalla. Según las palabras de su general, los piratas eran individuos capaces de causar horrendas muertes a quienes osaban hacerles frente, y en sus filas no había más que niñatos recién salidos del formadero.

—¿Y qué esperabais? —se mofó Orles, (miembro regular del consejo). Sus palabras provocaron inmediatamente el rencor en la mirada del marino.

—Dejadle terminar —intervino el Rey.

Eros Terranell parecía contener la furia de alguien no acostumbrado a las derrotas. Todos callaron y el capitán continuó.

—Los mejores hombres están en la capital. Si permitirme disponer de mayores recursos podría dar término a las andanzas piratas.

—Con su permiso, majestad —interrumpió Olegar Solom, Secretario General de la corona—. Los recursos destinados a la marina no han sido pocos. Mil Terranos de oro se han gastado en esta empresa —agregó—. Le recuerdo al General de Marina, que los piratas no son nuestro único problema —prosiguió apuñalando con sus palabras el orgullo de su interlocutor.

La Reina se movió incómoda en su asiento. La reunión prolongó más de la cuenta y aquellos hombres no parecían dispuestos a ponerse de acuerdo.

—¡Me haré cargo personalmente! —Exclamó de pronto Eros Terranell, dejando caer su puño sobre la mesa, ante la mirada atónita de los presentes.

—Pero... —el corazón de Elena se detuvo. Estuvo a punto de intervenir, pero calló; no sería capaz de contradecir a su esposo en presencia de sus súbditos. Se mordió el labio y aguardó. El Rey le dedicó una advertencia silenciosa, y prosiguió.

—Navegaremos al sur dentro de una semana y terminaremos con esos piratas. No permitiré que se manche el nombre del Reino con vuestra ineptitud —sentenció. Las últimas palabras terminaron por sepultar a los marinos.

—Permitidme que os acompañe, hermano —solicitó rápidamente Orles. Sus ojos se habían iluminado y su sonrisa complaciente desbordaba arrogancia.

—No —negó el Rey —os quedaréis aquí a resguardar el reino en mi ausencia—. El hermano menor asintió intentando ocultar su decepción, aunque su sonrisa continuó inalterable.

Elena permaneció inmóvil. Se llevó la mano al vientre intentando sentir movimiento, más nada ocurrió. Se había enterado de su embarazo hace un par de horas y esperaba el momento oportuno para revelarlo a su esposo, sin embargo, comprendió que había tardado demasiado.

No era primera vez que Eros Terranell decidía terminar los conflictos por cuenta propia y, siempre que aquello ocurría, se ausentaba por semanas, incluso meses. Elena temía que su esposo no estuviese presente para el nacimiento de su primogénito. Suspiró.

Al terminar la reunión, Elena logró advertir el motivo de su presencia. Nadie pedía su opinión, tan sólo era una oyente en aquel salón de hombres que llevaban su falo por estandarte. Su esposo, el peor. ¿Pero qué opciones le dejaba? Ahora que el Rey había dictado su voluntad ¿Sería alguien capaz de hacerle cambiar de opinión? En un año de matrimonio conocía bien la tozudez del Rey.

De noche, en la intimidad de la habitación, Elena recurrió a sus encantos, pero la terquedad del Rey fue una puerta infranqueable. La Reina comprendió que aquel hombre estaba sediento de glorias y renombre. ¿Y qué mejor acto heroico que acabar personalmente con los piratas? Hicieron el amor y el Rey, en sus solicitudes antojadizas, pidió luego que le leyera "*La gesta del alma*", una porquería de fantasías que los reyes de antaño solicitaban a los escribas para no salir de las memorias del colectivo. Leyó hasta que Eros se durmió.

Los días transcurrieron a pasos agigantados.

—Pedidle al maestro Rydas que se presente —solicitó a su doncella.

Rydas era el consejero de la Reina y tenía por labor atenderla y brindarle consejo en todo momento. Cuando el anciano llegó le tendió la mano y juntos se encaminaron hacia los jardines reales. Comieron en una de las gloriets floreadas, respirando el aire fresco que se mezclaba con la salinidad del mar. Así transcurrió el último día, esperando que llegara el momento en que su Rey se embarcara en su alocada aventura.

Al día siguiente, cuando se despertó, su esposo no se encontraba a su lado. Ann, su doncella, la ayudó a vestirse y le llevó el desayuno. Seguramente su esposo preparaba los últimos pormenores del viaje, pensó. De pronto notó que se le aguaban los ojos, pero hizo lo posible por no soltar ni una sola lágrima, odiaba que la vieran llorar.

—Vamos —ordenó una vez vestida y perfumada.

Afuera aguardaba el maestro Rydas. Bajaron por las escaleras de la torre y se dirigieron al despacho del Rey. Al llegar, Rydas golpeó con suavidad la puerta.

—Adelante —se escuchó la voz de Eros Terranell.

—Con vuestro permiso, su majestad —señaló el anciano, dándole paso a la Reina. Luego se despidió y cerró para dejarlos a solas.

El Rey estaba radiante. Su armadura lanzaba destellos al entrar en contacto con el sol. Sobre su cabeza descansaba la corona real. Eros evitaba utilizarla con frecuencia, decía que el peso era molesto y, sin embargo, con ella puesta parecía uno de aquellos heroicos reyes de antaño que tanto admiraba en sus lecturas.

—Llegó el día —dijo Elena, luego de admirarlo con devoción disimulada.

—Ha llegado —respondió su esposo, mirándola a los ojos—. Y hoy estás hermosa.

Elena tembló y sintió una leve agitación en su vientre, como una última señal. Estuvo a punto de revelar su embarazo, pero decidió guardar silencio.

—Procurad salir ileso —dijo. No eran las palabras que deseaba pronunciar, pero fueron las primeras que acudieron.

—Así será —respondió el Rey—. Y luego regresaré para estar contigo.

Elena soltó al fin sus lágrimas reprimidas.

—Es hora —señaló la Reina secando sus lágrimas.

—Estarás orgullosa cuando regrese—. Elena se obligó a sonreír.

Ambos salieron del despacho tomados del brazo y se dirigieron a las puertas del palacio. Afuera la multitud vitoreó el nombre de su esposo cuando los vieron salir. Todos parecían ansiosos, todos salvo Elena, pero ella hizo todo por disimular su tristeza.

El carruaje que los trasladaba tuvo que sortear a la muchedumbre que se aglomeraba por el camino. A pesar de todo la marcha culminó con tranquilidad.

Eros la ayudó a bajar del carruaje. A un costado del gran estandarte aguardaba Orles Terranell.

—Su majestad, os entrego vuestra espada —recitó para luego depositar en las manos del Rey una larga espada envainada.

El filo era incomparable; el mango de acero plateado forrado en cuero negro y en la cima del pomo centelleaba una hermosa piedra oscura. Eros soltó la mano de Elena y cogió la espada, la sacó de la vaina y la alzó con orgullo. La algarabía de los presentes fue música para el Rey.

Elena observaba cabizbaja, sintiéndose otro espectador invisible.

Trompetas y tambores despidieron a Eros Terranell. Elena, en tanto, hizo lo único que podía hacer en aquel instante, observar. Ya no le importaba que la vieran llorar. En tanto, la flota del Rey se alejaba perdiéndose en las tranquilas aguas bajo un perfecto atardecer.

Siete meses después.

Los criados habían dejado el brasero encendido, más no había gesto alguno que amainara sus animosidades. Elena había despedido a la servidumbre entre gritos, hasta que, uno a uno, los criados fueron abandonando la estancia. Sólo Ann había permanecido esperando las últimas órdenes.

—¿Algo más, mi señora? —preguntó con la vista clavada en el suelo.

La Reina no le dedicó mirada alguna. Sus manos temblorosas se aferraban al respaldo de la cama.

—Nada —respondió con brusquedad— ¡Lárgate!

Ann se retiró y cerró la puerta a su espalda.

Una vez a solas, Elena puso llave y se sirvió un vaso de aguamenta, hasta que al fin logró apaciguar sus tormentos. Mientras bebía, con la otra mano masajeaba su enorme vientre, el que había crecido a tal punto que dificultaba hasta los más sencillos movimientos.

—Si tan sólo estuviéseris presente... —susurró.

Regresó de su panoja de pensamientos al notar el movimiento brusco en su vientre.

—¿Mi señora? —se anunció Ann, sacándola del ensimismamiento.

—¿Qué sucede? —respondió Elena. Se abrigó y se acercó a la mirilla.

—Un mensajero —contestó la muchacha con voz jadeante.

—¿Mensajero? —A Elena se le apretó el pecho. No había tenido noticias de su esposo desde su partida. Buscó la llave y abrió la puerta. —¿Dónde está? —preguntó impaciente.

—En el despacho del señor Orles...

Elena corrió, dejando a su asistente con las palabras a medias. Su vientre se mecía en un vaivén frenético, pero no aminoró el paso. Al llegar, el mensajero se retiraba de la estancia. El rostro cansado no impidió a la Reina abordarlo.

—¿Decidme las novedades? —preguntó, mientras Ann llegaba dando grandes zancadas. El hombre se volteó disgustado, pero cambió el semblante al verla.

—Los piratas se rindieron. El Rey estará de regreso para fines de octubre —respondió forzando una sonrisa.

—Por fin conocerás a papi— murmuró acariciando su vientre. El mensajero miró frunciendo el ceño, esperando terminar la conversación.

—Si mi señora ya no precisa de mi... —solicitó arrastrando las palabras. Elena realizó un ademán de despedida con su mano. —Con vuestro permiso —se marchó.

La Reina Subió las escaleras tomada del brazo de Ann. Al llegar despidió a su acompañante y cerró nuevamente con llave. Fue a los ventanales y los abrió de par en par. Caminó al balcón, donde una ráfaga de viento le agitó el camisón de dormir.

La noche estaba iluminada por incontables estrellas. Elena intentó contarlas, como si tuviera más de una vida para ello. Inspiró el aire reteniéndolo en sus pulmones y soltó. Cerró los párpados. Luego se echó a llorar incontrolablemente. Al cabo de un momento rio a carcajadas, sin poder contener aún las lágrimas. Abrió los ojos y se maravilló al notar las estrellas fugaces que pasaron raudas, perdiéndose de vista en las montañas. Elena juntó sus manos y pidió su deseo, <<Un varón>>.

Cuando entró nuevamente cerró los ventanales, pero dejó las cortinas abiertas por si aparecían los cuerpos celestiales. Al dormirse una sonrisa apareció en sus labios; gesto que no conseguía desde hacía mucho.

Al día siguiente Rydas tocó la puerta, arrancándola del placentero descanso.

—Dadme un momento.

Una vez lista abrió la puerta. El hombrecillo venía en compañía de Ann.

—Tiene buen semblante, excelencia —Comentó el anciano mientras daban sus paseos rutinarios.

—Eros regresará para fines de octubre —respondió Elena sonriente. —Y yo le sorprenderé con la llegada de su heredero.

—¿Un varón? —preguntó Rydas con incredulidad.

—Un varón —aseguró ella.

—¡Es una bendición! —exclamó su consejero.

—Los dioses me escucharon —arguyó Elena mirando hacia el cielo.

—¿Dioses? —se sorprendió Rydas.

—Respondieron por medio de estrellas fugaces.

Conversaron hasta el atardecer. Al volver al palacio su cuñado los abordó con su sonrisa petulante en aquel rostro galante.

—Elena, te ves radiante —saludó desde los escalones de entrada.

Orles era esbelto, de cabello castaño y ojos vivaces. Se parecía mucho a su esposo. Vestía una túnica color pastel y su espada colgaba como un tercer brazo desde su cintura. A su lado, el Secretario Real se mimetizaba en las penumbras de las paredes a contraluz. A diferencia de Orles, vestía ropas oscuras, pasando inadvertido por los rincones del palacio.

—Majestad —saludó el secretario con una sonrisa insípida. Le tomó la mano y le besó la sortija. Elena pudo ver sus manos huesudas, con anillos adornándolas, lo único brillante en aquel hombre opaco. Olegar retrocedió y volvió a las sombras, dejando que Orles continuara con sus adulaciones.

—Mi semblante se debe al regreso de mi esposo —contestó ella con una sonrisa mimada.

—Algo que nos alegra a todos —añadió su cuñado. —Maestro Rydas, reciba usted mis buenos deseos —saludó también al hombre de cabello gris.

—Bien recibidos, mi señor —respondió el aludido.

—En vuestras manos encomiendo la tarea de dar digno recibimiento a nuestro Rey —prosiguió Orles.

—No será necesario —interpeló Elena—. Me encargaré personalmente.

—Entonces no alcanzo a imaginaros qué clase de espectáculo realizaréis — comentó el regente sustituto, abrazando a Elena.

—Dudo que tengáis mucha imaginación—. Las palabras eran un cuchillo sin filo, no cortaban, pero mellaban.

Ambos se despidieron y Elena continuó su camino. Se dirigió hacia la biblioteca. Allí se despidió de sus acompañantes y se enfrascó en la lectura. “*La gesta del alma*” era un libro que aborrecía, pero decidió ojearlo en nombre de Eros.

Al entrar en su alcoba las cortinas se encontraban abiertas, dejando entrar la luz nocturna. Ann la había despertado en la biblioteca. Se había dormido mientras leía historias sobre héroes de antaño. La muchacha le había ayudado a subir cuando la luz de la luna cubrió el pasillo de la torre. La noche se había convertido en una oyente desinteresada que le obsequiaba regalos celestiales en periodos de necesidad.

Ann había dado la orden de arrojar más leña en los braseros antes de marcharse, pero el fuego poco a poco se fue extinguendo, aunque la recámara aún conservaba el calor deseado. Elena decidió abrir los ventanales. Las bisagras chirriaron dejando entrar un viento brusco que le alzó los cabellos dorados. Su rostro se bañó del frescor de la brisa y ella lo disfrutó enormemente. Dio un paso, y otro, hasta cruzar el umbral, para aferrarse a la baranda de piedra. Allí, la luna ofrecía un espectáculo maravilloso. Se quedó un rato esperando, pero las estrellas fugaces no aparecieron. A lo lejos unas nubes negras se aglomeraban en el horizonte. —Solo un momento más, por favor —imploró. De pronto sintió frío.

La luna desapareció. Las nubes llegaron más deprisa de lo que había estimado. Decidió irse a dormir. Aseguró los ventanales, dejando entreabiertas las cortinas por si desaparecía aquella niebla funesta. La habitación estaba más oscura que cuando entró en ella, pero decidió no encender las lámparas de aceite, aquel aroma le provocaba náuseas. No solía dormir con los doseles de la cama cerrados, pero lo hizo para mitigar el frío. El bebé pateó inquieto, haciendo eco de las sensaciones de su madre. Se sumergió entre las sábanas e intentó conciliar el sueño, pero fue imposible por aquel ruido molesto, como fardos de tela siendo arrastrados por el suelo alfombrado. La oscuridad mermó un poco y pudo distinguir como el fulgor de las brasas de la chimenea cobraba vida nuevamente.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó. No hubo respuesta.

Se sujetó bien las cintas del camisón. Intentó ponerse en pie, pero flaquearon sus fuerzas, haciéndola caer a la cama. Una silueta deforme se dibujó en el dosel cuando fijó la vista. Fue fugaz, irregular, que desapareció escabulléndose por la seda púrpura.

—¿Mi amor? —preguntó con voz trémula. —¿Has vuelto? —Nuevamente nadie respondió.

Se puso en pie y abrió los doseles. Escudriñó sin encontrar nada, ni a nadie. ¿Estaré delirando?, pensó.

La penumbra cesó bajo el renacer de las brasas. Se frotó los párpados intentando recobrar la calma. Caminó hacia la puerta, para confirmar que continuaba con llave, tal como la había dejado. Al voltearse se horrorizó...

En el ángulo izquierdo de la alcoba había una oscuridad profunda, como un agujero que conectaba su habitación con el cielo nocturno. De los bordes sobresalían unas manos pálidas, con dedos largos y huesudos como estacas de mármol, y largas uñas negras como navajas que picoteaban la pared. Aquella criatura sonrió y sus dientes puntiagudos brillaron en aquel fosco escondrijo. Ella gritó fuerte, suplicando ayuda a los guardias apostados afuera. Entonces, sin más preámbulo, aquella criatura salió de su escondite y se lanzó hacia ella impulsada por unos brazos extensos. Elena solo alcanzó a notar como el cuerpo de aquel ser, cubierto por una capa gris hecha jirones, se desvanecía como el humo de alguna mala yerba. Todo sucedió muy rápido. La criatura se

introdujo por su boca, sin que ella pudiese evitarlo. Pasó por su garganta, para alojarse en su pecho como un mal de pulmón. Estuvo a punto de perder el conocimiento cuando notó que sangraba entre sus piernas; una sangre oscura que bajaba por sus muslos.

—¡Mi bebé! —gritó. Alcanzó a escuchar el sonido de golpes en la puerta antes de caer y perder el conocimiento.

Cuando despertó se sentía débil. Un paño húmedo descansaba sobre su frente.

—¡Mi hijo! —Gritó—. ¿Dónde está mi hijo?

—Tranquila, su alteza, os aseguro que el príncipe está bien. Lo que nos preocupa en este momento es usted —le respondió un hombre. Logró identificar a Rydas cuando sus ojos se acostumbraron de nuevo a la luz de la lámpara. Tuvo que reprimir una arcada por el olor del aceite—. Tuvimos que sacar al niño por medio de incisiones —Continuó—. Ha dormido anestesiada por quince días desde entonces. Usted se había desmayado cuando los guardias entraron rompiendo la puerta. Usted sangraba —Titubeó.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó nuevamente, haciendo caso omiso a las palabras.

—No se mueva, se lo suplico, usted acaba de ser intervenida. Un descuido podría ser fatal —le suplicó el anciano.

Elena notó que tenía varias hojas de *sa/va* bajo el camisón. <<Estoy cocida como una almohada>>.

—Trae al príncipe, rápido —ordenó otro hombre. La Reina no se había percatado que había más gente en la habitación; más de lo que a ella le hubiese gustado. Orles Terranell estaba de pie, al costado de su cama. Tenía el rostro ojeroso y parecía muy preocupado. Junto a él, aguardaba inmóvil el Secretario Real. Parecía cansado, y en la sien asomaban unas arrugas pronunciadas que Elena no le había visto antes. Más atrás unos guardias permanecían alertas ante cualquier orden.

—¿Que sucedió? —preguntó Elena, quejándose por los dolores.

—No sabemos qué te ha sucedido, Elena —contestó Orles, angustiado—. Creemos que has sufrido alguna descompensación.

Ella trató de cambiar de posición, pero el dolor era insoportable. Notó que las cortinas estaban entreabiertas, dejando ver la luna. Observó con melancolía, hasta que el guardia regresó junto a una mujer que sostenía a su hijo en brazos. El príncipe estaba envuelto en varias mantas, lo trajo Ann.

—Déjalo con cuidado —ordenó Orles.

Ann depositó al niño a un costado del pecho semicubierto de la Reina. —Es un niño hermoso —le dijo.

—Trate de no moverse, por favor —intervino nuevamente Rydas, pero Elena no hizo caso. Debía ver a su hijo.

Con ayuda se volteó con cuidado para no abrir los puntos de la herida. Cuando estuvo en posición adecuada miró a su hijo y unas lágrimas brotaron de sus ojos. El príncipe parecía sano, eso la puso feliz. Levantó una mano y le quitó la manta que le cubría la cabeza. ¡Cabello negro!, se sorprendió. Su hijo tenía el cabello oscuro como la noche. Su señor esposo tenía el cabello castaño y ella dorado como el sol. Miró a Orles, con el cabello del mismo color que su Rey y sus pensamientos se confundieron. No sólo el cabello, sus ojos también eran oscuros, negros como el carbón y su rostro pálido, aunque hermoso. Se sintió confusa, como cargando al hijo de otra. Al salir del ensimismamiento el príncipe la seguía mirando con ojos vidriosos, hasta que le sonrió; pero aquella sonrisa fue extraña. Intentó también esbozar una sonrisa con ternura, pero no lo consiguió, el dolor transformó aquel gesto en una mueca insostenible. Su hijo continuó mirándola y sus ojos tomaron un brillo extraño. Nadie más se había percatado; todos parecían haberse congelado en el tiempo. El príncipe extendió su pequeño brazo y

le sujetó el dedo índice con vehemencia. Notó con horror los dedos largos y pálidos de su pequeño. En aquel momento recordó todo: El demonio que la había atacado; aquellas manos huesudas que se aferraban al techo como saliendo del infierno; la sangre oscura que escurría entre sus muslos. Intentó gritar, pero había perdido la voz. El pequeño la sujetó con más fuerza y su sonrisa pasó de ser triste a macabra, marcada por unas comisuras quebradizas. Ella logró desprenderse e intentó voltearse.

—¿Elena, Qué sucede? —preguntó su cuñado, pero ella sólo quería salir corriendo. Retiró las sábanas e intentó ponerse de pie.

—¡Su alteza! —Gritó Rydas.

Elena se desplomó en el suelo, sintiendo como se abrían sus heridas. No lograba escuchar el alboroto que se cernía frente a ella. Sólo quería gritar y correr. Su sangre se tornaba fría. Las fuerzas la abandonaban y le costaba respirar.

Aquella criatura la seguía mirando, pero esta vez con ojos tristes nuevamente. Ahora parecía un niño frágil y asustado. Sintió los llantos desesperados del bebé, pero ya nada le importaba, miró una última vez por los ventanales, pero la luna también la había abandonado. El camisón se tiñó de rojo mientras Rydas presionaba su abdomen, pero ya era tarde. Todos colapsaron entre gritos y llantos desesperados. Elena Había muerto.